

## INTRODUCCIÓN

¿Pueden vincularse memoria y edición? ¿Cómo asociar un proceso mental complejo, por el cual un individuo o un grupo interiorizan y movilizan experiencias personales o colectivas, con una actividad que mezcla cultura y economía y que consiste en dar a conocer y comercializar obras escritas?

El caso es que desde su constitución como tal en octubre de 1936, el régimen franquista se empeñó en realizar una «producción» de memoria con el objetivo de legitimarse a sí mismo. Por supuesto, uno de los componentes de esta toma de control era la actividad editorial. Antes ya de finalizar la guerra civil, en la zona controlada por los militares rebeldes, la mayoría de las editoriales se ponen al servicio de la causa «nacional» para difundir escritos que glorifican el Movimiento Nacional en contra de un régimen republicano poco a poco desplazado fuera de la historia nacional como la «anti-España».

Como complemento de los otros factores de propaganda, la edición, estrechamente controlada por una censura muy rigurosa, pasa a ser un medio por el cual los propagandistas más entusiastas empiezan a escribir la historia gloriosa de una España eterna resucitada por una justa y santa «cruzada» llevada contra una República comunista, atea y masona.

Así las cosas, el mundo de la edición a raíz de la guerra puede enfocarse como una instancia severamente vigilada por el poder y que no puede brindar sino una visión unívoca de la historia. Trátese de ensayos, de memorias o de obras de contenido histórico, solo una lectura franquista de la historia puede permitirse en los libros editados.

Se da, pues, una verdadera denegación de la memoria hacia todo lo referente a la República, sus protagonistas, sus logros y sus intelectuales, para hacer hincapié en un panorama apocalíptico como justificación del alzamiento militar. Paralelamente a la exaltación del Movimiento, el régimen favorece una memoria conflictiva que atribuye a la República la responsabilidad de la guerra civil.

Sin embargo, varios factores irán interviniendo paulatinamente para arrebatarse al régimen una lenta y tímida liberalización en el ámbito editorial. Cabe evocar ante todo el papel desempeñado, desde dentro del régimen, por un grupo de jóvenes intelectuales falangistas, del sector más propenso a la «apertura».

Dionisio Ridruejo, encargado de la propaganda de 1938 a 1941, federa en torno a sí a un grupo de amigos entre los cuales están Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar, quienes comparten la idea de que el régimen ha de asimilar a varias figuras del exilio entre las más «asimilables». De hecho, no hacen sino recuperar la idea fundadora de José Antonio Primo de Rivera según la cual la nación ha de ser guiada por una «minoría creadora» unida al servicio de la patria. Dentro de dicha lógica, el grupo creará varias revistas como *Escorial* y *Revista*, en las cuales la idea de una mano dada al exilio republicano cobrará cada vez más fuerza. Por otra parte, Dionisio Ridruejo entablará a partir de 1942 una ruptura con el régimen que lo llevará a propugnar una reconciliación entre las dos Españas.

Por lo demás, 1956 es un año bisagra en que parte de la juventud española esencialmente estudiante manifestará su profundo disenso con el régimen reclamando su democratización. Precisamente en dicho contexto es cuando Rafael Borràs Betriu, futuro fundador en 1973 de la colección *Espejo de España* (en adelante, EDE) a cuenta de Editorial Planeta, entabla su trayectoria intelectual al crear una revista independiente, *La Jirafa*, la cual perdurará hasta 1959.

Esta revista de espíritu juvenil y de signo liberal se ilustra reivindicando una apertura hacia influencias exteriores en oposición con una situación cultural española considerada mediocre y esclerotizada. Asimismo, en la línea del espíritu de 1956, se verifica en sus columnas una recuperación de la cultura liberal, personificada por Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Eugenio d'Ors, entre otros, pero que también pretende rehabilitar la cultura catalana e incluso a poetas republicanos como Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández.

De hecho, aunque tolerada, la revista es considerada por el régimen como una publicación de «oposición». Habrá que esperar hasta la década de los sesenta y sobre todo la ley de Prensa de marzo de 1966 para que los editores empiecen a envalentarse. Esta relativa flexibilización de la censura se acompañará de un trastorno en el mercado editorial, que otorgará un lugar importante al libro de índole política y especialmente a las corrientes más progresistas.

En esta misma estela empezarán a publicarse obras opuestas a la interpretación franquista de la historia en diversas editoriales.

En 1966, la editorial Ariel lanza, bajo la influencia de Rafael Borràs, la colección *Horas de España*, que se propone volver sobre el pasado reciente de España con el empeño de una mejor comprensión de ese pasado.

Más tarde, en 1969, como director literario de las modestas Ediciones Nauta,

Borràs formalizará el proyecto de una colección, Los Libros de la Veleta, serie Documentos, en la cual dedicará un amplio espacio a los aspectos más desconocidos de la República y de la guerra civil.

Finalmente, en 1973 Editorial Planeta acude a Rafael Borràs, en una primera etapa, para crear una colección de libros de historia. A continuación pasará a ser director literario de la editorial.

1973 representa, a nuestro modo de ver, el encuentro entre dos empresas que difieren en cuanto a sus prioridades. Por una parte, Planeta se posiciona desde su creación en 1949 en la búsqueda de *best sellers* apoyándose a la vez en traducciones y en autores españoles, con la baza estratégica del Premio Planeta. Paralelamente, Planeta pone en marcha una política comercial intensa multiplicando los canales de distribución y especialmente la venta a plazos. Por otra parte, Borràs llega a Planeta con un proyecto intelectual que ha ido madurando a lo largo de años y que se propone implementar utilizando los recursos importantes del grupo. Por supuesto, el proyecto constituye toda una novedad en la cultura de Planeta, por lo que Borràs deberá crearse cierto margen de autonomía para llevarlo a cabo.

La colección EDE es inaugurada en 1973 y durará hasta 1995 con la publicación de 178 títulos.

Con el fin de estudiar la colección para el periodo de 1973 a 1978, hemos seleccionado los títulos más enjundiosos. Algunos son notables por el éxito que conocieron en su momento, otros lo son por el tema estudiado o por los enfoques nuevos que proponen.

De hecho, EDE acompañará cronológicamente todo el proceso histórico de la transición democrática, desde el principio de la agonía del régimen con el asesinato del almirante Carrero Blanco, hasta 1978, año en que la promulgación de la Constitución formaliza la democratización de España. Si la colección se gana un lugar destacado en el mercado editorial de los setenta, es que responde, a nuestro modo de ver, a una necesidad individual de memoria histórica, de parte de ciudadanos que ansían entender las implicaciones políticas de una transición cuyos contornos parecen entonces borrosos.

Tras décadas de «carpanta» en materia de cultura política, tras años de una política de la memoria que tuvo el objetivo de borrar o manipular trozos enteros de la historia del país en beneficio del régimen franquista, veremos en qué medida la colección EDE aportó su contribución a una mejor interpretación de los fenómenos políticos de la época.

También intentaremos aclarar la postura de la colección con respecto a la política de la memoria llevada durante aquellos años de transición. Si una mayoría de ciudadanos de la época lee ávidamente libros que contribuyen a una comprensión más justa del pasado, no exige, sin embargo, una política oficial de la memoria que apun-

taría a rehabilitar un pasado conflictivo. De ahí una oposición entre una demanda de memoria privada y el rechazo a una memoria pública o colectiva con motivo de su potencial desestabilizador.

En esta óptica, veremos cómo la colección promovida por Rafael Borràs permitirá una coexistencia de los puntos de vista más encontrados, así como autores procedentes de horizontes diversos: políticos testigos de la historia, historiadores divulgadores o profesionales, intelectuales e hispanistas.